La Hija de Sión

Comentario al Sal 63,2-9

A primera vista parece que las Escrituras nos dicen pocas cosas de María, la Madre de Jesús. Los evangelios dicen cosas importantes, pero en conjunto lo que escriben no pasa de unas pocas páginas. Esto no deja de ser extraño, considerando la importancia única que María de Nazaret tiene en la obra de la Redención.

Pero si miramos las cosas con más profundidad el panorama cambia. Por una parte, nos encontramos con que casi cada palabra de Jesús es un rasgo biográfico de María. Jesús podría terminar cada predicación diciendo: “Así vive, así es, mi Madre”. Si no lo hace me parece que es por respetar la humildad de la Sierva del Señor.

Hay otra fuente inagotable para conocer a la Madre de Jesús: las Escrituras de Israel. Los evangelios hablan poco de la persona de la Virgen porque la biografía de María está escrita por el Espíritu Santo en el Antiguo Testamento. Las Escrituras de Israel deben ser leídas a la luz del Evangelio pero, a su vez, el Nuevo Testamento adquiere una especial claridad a la luz admirable del Antiguo. Esto sucede con la persona y la vida de María, la Hija de Sión.

La Sagrada Escritura deja claro que el particular amor que Dios ha tenido por Israel –la elección, la alianza, etc.– se orienta a la Encarnación de su Unigénito en María de Nazaret por obra de su Espíritu. La Navidad nos dice: el pueblo de Israel fue preparado durante siglos por Dios para que su Verbo estableciera su morada entre los hombres. María es, pues, la consumación y la plenitud de Israel. Todo lo que el Espíritu Santo ha dicho acerca del Israel fiel lo dice, también, de la Hija de Sión, la Mujer que personifica al Resto de Israel. Para identificar los textos principales es una ayuda inestimable la liturgia de la Iglesia. Cuando la Iglesia elige una página del Antiguo Testamento para una fiesta de la Madre de Dios nos está diciendo: en esta página, aunque sin agotar su riqueza de sentido, el Espíritu Santo nos está hablando de María

Con este enfoque vamos a meditar los versículos 2-9 del salmo 63.

Oh Dios, Tú eres mi Dios; te busco con ansia;
sed de Ti tiene mi alma;
por Ti anhela mi cuerpo,
como una tierra árida y exhausta, sin agua.

La sed de Dios. Es el Espíritu Santo el que pone en el corazón esa sed abrasadora, sed que sólo Dios puede saciar. Es la sed que nos lleva a buscar a Dios en todas las circunstancias de nuestra vida, a buscar su voluntad para cumplirla. El espíritu del mundo pone en el corazón sed de las tres concupiscencias de las que habla la primera carta de San Juan: Todo lo que hay en el mundo –la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas– no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan, pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre.

El deseo de Dios del salmista, que es el deseo de Dios del Israel fiel, llevaba siglos esperando a quien lo pudiese expresar con plenitud. Esa espera termina con María. La Virgen es la mujer que ha sentido de modo único esa sed de Dios. Desde la infancia. Esto no es sentimentalismo dulzón, sino pura Revelación: Ella es la “Llena de gracia”; no ha puesto nunca obstáculo a la acción del Espíritu Santo; es la Inmaculada. El alma de María no ha sentido nunca sed de nada mundano, ha estado siempre completamente poseída de la sed de Dios, al que encontraba en todo. Eso hizo de la vida de María, desde niña, una vida extraordinariamente profunda, rica, luminosa, feliz. Esa sed de Dios de María explica la confianza que Dios ha puesto en Ella (bueno, la explica en la medida, que no es mucha, en que nosotros podemos entender lo que pasa entre Dios y su hija santísima). El buscar a Dios desde niña fue una preparación para la Hora en la que Dios se ocultó completamente: la Crucifixión de Jesucristo. Allí, María se mantuvo “en pie” junto a la cruz de su Hijo, viendo en aquella hora tremenda el Designio salvador del Padre.

Si realmente amamos a la Madre de Dios, si queremos aprender de Ella y parecernos a Ella cada vez más, si no queremos defraudar las esperanzas con las que intercede ahora ante Dios

por nosotros, haremos todo lo que esté en nuestra mano para arrancar del corazón la sed de las cosas mundanas y facilitar la acción del Espíritu Santo, para que arraigue en nuestra alma la sed de Dios.

Seguimos con el salmo:

¡Cómo te contemplaba en el Santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu Amor vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

El salmista ha experimentado la presencia de Dios en la liturgia del Templo de Jerusalén, y añora ese encuentro. Ha visto en el Santuario la fuerza y la gloria de Dios.

Como explica con particular profundidad la Carta a los Hebreos, el culto del templo de Jerusalén es imagen del verdadero culto: el que Jesucristo dará a Dios en su Pasión. En el Calvario, junto a la cruz de su Hijo, la Hija de Sion descubre que la gloria de Dios se manifiesta en el Crucificado, y que la fuerza de Dios es el Amor que nos tiene. Amor más fuerte que el pecado y que la muerte.

En el Calvario María descubre, de un modo nuevo, lo que ya sabía desde niña: el Amor de Dios vale más que la vida. Unida a la ofrenda que su Hijo hace al Padre en el Espíritu Santo, la vida de la Madre queda transformada en un “sacrificio de alabanza”; por nuestra salvación.

La confesión: Tu Amor vale más que la vida es la clave del salmo. La palabra hebrea traducida por “Amor” –y que otros traducen correctamente por “gracia”, “bondad”, “piedad”, “fidelidad”– es “hesed”. Ningún término castellano logra expresar la riqueza y profundidad que la palabra “hesed” tiene en el las Escrituras de Israel. Un notable resumen se puede encontrar en la Nota No 52 de la encíclica Dives in Misericordia. Aquí nos limitaremos a decir que “hesed” se refiere al Amor de la Alianza, un amor fiel, más fuerte que la traición y el pecado. Es la fidelidad de Dios a Israel pero, sobre todo, la fidelidad de Dios a Sí mismo y a su Amor. Es la fidelidad de Dios a los Patriarcas y a las Promesas. Es la fidelidad

de Dios a su Creación. En la maternidad de la Hija de Sión, ese Amor de Dios encontrará su fidelidad definitiva. San Pablo, en la segunda carta a los Corintios, lo expresa con rigor: ¡Por la fidelidad de Dios!, que la palabra que os dirigimos no es “sí” y “no”. Porque el Hijo de Dios, Cristo Jesús, a quien os predicamos Silvano, Timoteo y yo, no fue “sí” y “no”; en Él no hubo más que “Sí”. Pues todas las Promesas hechas por Dios han tenido su “Sí” en Él; y por eso decimos por Él “Amén” a la gloria de Dios. En Jesucristo el Amor de Dios al hombre se manifiesta como Misericordia –fidelidad más allá del pecado–, y como Compasión –fidelidad que carga con la violencia y la muerte–.

¿Cómo sabe el salmista que el Amor de Dios es mejor que la vida; que es lo que fundamenta, da sentido y valor a la vida humana? Es la acción del Espíritu Santo, el “Espíritu de la verdad”, que nos va llevando a “la verdad completa”. Como María no ha puesto obstáculo a la revelación del Espíritu Santo –eso es su humildad– es la Mujer que sabe plenamente que el Amor de Dios que se ha encarnado en su Hijo Jesús es lo único que puede fundamentar nuestra vida. Por eso el testamento que nos dejará es : «Haced lo que Él os diga». No es extraño que el príncipe de este mundo odie a María. Él es el padre de la mentira, y pretende convencernos de que nuestra vida se puede fundar en realidades mundanas: poder, éxito, sexo, dinero, etc. Esa es la gran mentira.

El salmo continúa:

Así he de bendecirte mientras viva,
en tu Nombre alzaré mis palmas.
Cual de manteca y grasa se saciará mi alma,
y mi boca te cantará con labios jubilosos.

Israel bendice a Dios como respuesta de las Bendiciones de Dios. Israel tiene clara conciencia de que su historia es una pura Bendición de Dios. Por eso los textos del Antiguo Testamento están cuajados de bendiciones a Dios. En este clima gozoso vivió María hasta la visita del Ángel.

El día de la Anunciación el ángel Gabriel informó a María que Ella es la culminación de la historia de las Bendiciones de Dios con su

pueblo, una historia que se ordena a la verdadera y plena Bendición de Dios que es la Encarnación de su Hijo. María se turba y, una vez que ha asimilado el misterioso Designio de Bendición de Dios, lo acepta gozosa. Eso es el Magnificat. En ese canto admirable la Hija de Sión reconoce que todo proviene de la Misericordia de Dios, que no se ha olvidado de su pueblo, y ha realizado en su favor grandes cosas, porque ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava. Por eso, desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. La vida de María será, para toda la eternidad, un puro bendecir a Dios: Engrandece mi alma al Señor y se regocija mi espíritu en Dios, mi Salvador.

Para Israel, María fue una Bendición extraordinaria de Dios. Para nosotros, se puede decir que es todavía mayor Bendición porque, en la Cruz, Jesús nos la dio por Madre. Qué gran motivo para vivir bendiciendo a Dios con gozo. Realmente la expresión del salmista –Cual de manteca y grasa se saciará mi alma, y mi boca te cantará con labios jubilosos–, que expresa la quintaesencia de la felicidad para el israelita, dice bien lo que Dios quiere que sea la vida del cristiano. Para eso nos Bendice dándonos a la Madre de su Hijo.

Los tres últimos versículos del salmo que vamos a comentar rezan así:

Cuando en mi lecho me acuerdo de Ti,
en Ti medito en las vigilias,
pues Tú eres mi socorro,
y a la sombra de tus alas exulto;
se adhiere mi alma a Ti,
me sostiene tu diestra.

El israelita piadoso tiene alma contemplativa. El salmo primero lo expresa admirablemente:¡Bienaventurado el hombre que (…) se complace en la Ley de Yahveh, su Ley medita día y noche!

Esa fue la vida de María desde niña. Su alma contemplativa se manifiesta claramente en el modo de comportarse ante el anuncio del ángel: el “Sí” que da a Dios es sereno, reflexivo, profundo, fruto de la confianza en Dios y del conocimiento del Designio de Dios adquirido en la meditación de las Escrituras de Israel. El

Magnificat pone de relieve cómo ha meditado la Palabra de Dios durante años, hasta que llegó a moverse por las Escrituras como por su casa. A raíz de la adoración de los pastores, el evangelista Lucas condensa en una frase el alma contemplativa de la Hija de Sión: María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón. Esta familiaridad con el Designio de Dios explica que, no sin un dolor en el que no podemos entrar, acepte el misterio de la Crucifixión de su Hijo sin derrumbarse.

¿Como pudo una jovencita llevar adelante la asombrosa misión que Dios le encargó? El salmo nos da la respuesta: Tú eres mi socorro
y a la sombra de tus alas exulto;
se adhiere mi alma a Ti, me sostiene tu diestra.
Así vivió María.

No vamos a considerar los últimos versículos del salmo (10-12), porque son difíciles y no me parece que añadan nada el tema de esta meditación (aunque esta opinión mía puede estar muy equivocada). Lo que queda claro es que la Sagrada Escritura habla de María mucho más de lo que aparece a primera vista. Por eso haríamos bien en procurar adelantar en el camino de las almas contemplativas meditando en el corazón la Palabra de Dios. Como hizo nuestra Madre.